

MES DE PREPARACIÓN PARA CONSAGRARSE A MARÍA SANTÍSIMA EN MATERNA ESCLAVITUD DE AMOR

Según San Luis María Grignon De Montfort

Noveno día

Tratado: [78-89]



Morir a nosotros mismos y revestirnos del hombre nuevo

Tercera verdad.

Por el pecado original, nuestras mejores acciones suelen estar manchadas e inclinadas al mal como consecuencias de aquel primer pecado que corrompió nuestra naturaleza humana. Por ello, cuando Dios nos concede sus gracias, éstas ordinariamente se manchan por la herida que el pecado nos dejó en nuestra alma.

Pero es Jesucristo quien nos enseña a vencer nuestras malas inclinaciones: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame*” (Lc 9,23). Esto quiere decir que para seguir a Jesús es necesario negarnos a nosotros mismos vaciándonos de lo malo que hay en nosotros. Para lograrlo debemos tomar consciencia que el pecado

original y los pecados actuales que nosotros hemos cometido (mortales o veniales, aunque ya hayan sido perdonados) han aumentado nuestra concupiscencia, debilidad, inconstancia y corrupción, orgullo y la ceguera en el espíritu, endurecimiento del corazón, la rebelión de las pasiones, las enfermedades del cuerpo. Por esto no debemos asombrarnos que Jesús nos pida negarnos a nosotros mismos porque es para nuestro mayor bien. Esta negación implica también renunciar a las malas inclinaciones de nuestra inteligencia, de nuestra voluntad y de nuestro cuerpo. *“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto”* (Jn 12,24).

San Luis María afirma: “Si no morimos a nosotros mismos y si nuestras devociones no nos conducen a esta muerte necesaria y fecunda, no produciremos frutos que valgan: nuestras devociones serán inútiles, todas nuestras obras de virtud quedarán manchadas por el egoísmo y la voluntad propia, Dios no aceptará ni los mayores sacrificios ni las mejores acciones que podamos realizar si no la hacemos por amor a Él, quitando cada pequeña complacencia que podamos encontrar en ellas”.

Debemos elegir entre todas las devociones: a la Santísima Virgen, que es la que nos lleva más a la negación de nosotros mismos, siendo ésta la mejor y más santificadora. San Luis María revela que la devoción propuesta por él es un secreto, desconocida por muchos y poco practicada, pero que en realidad es un secreto sobrenatural para hacer en poco tiempo, con dulzura y facilidad operaciones sobrenaturales que conduzcan a llenarse de Dios y volverse perfectos.

La función materna de María facilita el encuentro personal con Cristo

Cuarta verdad. Ya que nuestra condición humana tiende al mal, y si para alcanzar a Dios nos apoyamos tan solo en nuestras fuerzas, todas nuestras obras no serían tan buenas como para unirnos a Él. Es pues cosa perfecta, porque es más humilde, no acercarse solos a Dios sin un mediador, por esto Dios mismo nos dio unos mediadores:

El primero es Jesucristo, que es nuestro abogado, por medio de Él debemos rezar con toda la Iglesia y por medio de Él tenemos acceso ante la

Majestad Divina. Pero como también Jesucristo es Dios, en todo igual al Padre, tenemos necesidad de un mediador ante el mismo Mediador.

El segundo mediador es María. Si tememos ir directamente a Jesucristo-Dios, a causa de su infinita grandeza y de nuestra pequeñez o pecados, imploremos con filial osadía la ayuda e intercesión de María, nuestra Madre. Ella es tan caritativa que no rechaza a ninguno de los que imploran su intercesión, por más pecador que sea, pues como dicen los santos: *“Jamás se ha oído decir que alguien haya acudido a ella y confiado perseverantemente en ella y haya sido rechazado”*.

Es tan poderosa que no le hace falta otra cosa que presentarse ante el Hijo para rezarle, y prontamente Éste concede y acoge su pedido porque siempre se deja vencer amorosamente por las oraciones de su queridísima Madre, que lo llevó en su seno y lo amamantó.

Llevamos el tesoro de la gracia en vasos de arcilla

Quinta verdad. A causa de nuestra debilidad y fragilidad, nos es muy difícil mantener las gracias y los tesoros recibidos por Dios, porque llevamos este tesoro, más valioso que el cielo y la tierra, en vasos de barro, en un cuerpo corruptible y en un alma débil e inconstante. Además los demonios, ladrones muy astutos, quieren sorprendernos de improviso para robárnosla; espían día y noche y buscan el momento favorable para ello. Nos rodean incesantemente para arrebatarnos en un momento por un solo pecado todas las gracias y méritos logrados en muchos años. Debemos estar atentos, pues hubieron almas santas que fueron derribadas. Aunque recibieron la gracia necesaria, perecieron por confiar en sí mismos. Si hubiesen confiado sus tesoros a la Virgen poderosa y fiel, Ella los habría custodiado.

Junto a los demonios tenemos también otro enemigo: el mundo. El cual es tan corrupto, que es una especie de milagro quedar firme sin ser dañado. Pero la Virgen Santísima, que nunca ha sido vencida por nadie, protegerá poderosamente a aquellos que la aman.



Prácticas de preparación



1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) **Pedir la gracia** de tener un gran deseo de ser grato a los ojos del Señor, y de tener como fin único de mis elecciones fundamentales la vida eterna, sin dejarme seducir por el espíritu del mundo.

3) **Lectura** ¿Cómo combatir el mundo? (De Antonio Royo Marín, *Teología de la perfección cristiana*).

d) Cuarto propósito: Aplastar el respeto humano. El prestar atención a “lo que dirán los demás” disminuye nuestra dignidad de cristianos y ofende a Dios. Para no “desagradar” a los hombres, que viven en pecado mortal, no respetamos la ley Dios y nos avergonzamos de mostrarnos como auténticos discípulos de Jesucristo. El divino Maestro nos advierte claramente en el Evangelio que no reconocerá delante del Padre a aquel que lo haya negado delante de los hombres (cf. Mt 10,33). Es preciso asumir una actitud firme y decidida delante de Jesús, porque quien no está con él está en contra de él (cfr. Mt 12,30). San Pablo afirma de sí mismo que no sería discípulo de Cristo si buscase complacer a los hombres (cfr. Gal 1,10). El cristiano deseoso de alcanzar la santidad no tiene que tener en consideración cuanto el mundo puede decir o pensar, es mejor adoptar desde el principio una conducta clara e irreprochable para que nadie dude de nuestros verdaderos propósitos y de nuestras reales intenciones. *El mundo os odiará y os perseguirá* (Jn 15,18), nos ha dicho el Maestro divino; pero si en vosotros encontrara personas decididas e inamovibles terminará dejándoos en paz. Tan solo con los cobardes vuelve continuamente al ataque para atraerlos entre sus filas. El medio mejor para vencer el mundo es el no ceder ni siquiera un paso, afirmar con fuerza la propia voluntad, renunciar para siempre a sus máximas y a sus vanidades.

Ponemos a consideración un texto de San Juan María Vianney (el santo Cura de Ars): “Os digo hijos míos con San Bernardo que desde cualquier perspectiva que se mire, quien obra por respeto humano, que es la vergüenza de cumplir los deberes de la religión a causa del mundo, demuestra él: desprecio de Dios, de sus gracias y ceguera del alma. En primer lugar, hijos míos, que la vergüenza de practicar el bien, por miedo a los desprecios y las burlas de unos desgraciados impíos o de unos ignorantes, es un gran desprecio que realizamos en presencia de Dios, delante de quien siempre estamos. ¿Por qué razón hijos míos, estos malos cristianos se ríen de vosotros y ponen en ridículo vuestra devoción? ¡Oh hijos míos! Yo os diré la verdadera causa: es que, no teniendo la virtud para hacer lo que vosotros hacéis, os miran con antipatía, porque con vuestra conducta despertáis los remordimientos de sus conciencias; pero estad bien seguros que sus corazones, lejos de despreciaros, os tienen en gran estima. Si necesitan de un buen consejo o de obtener de Dios alguna gracia, no creáis que irán a los que llevan su misma conducta, sino a los mismos de los que se burlaron, al menos con la palabra. ¿Te avergüenzas, amigo, de servir a Dios, por el temor de ser despreciado? Mira Aquél que ha muerto sobre la cruz; pregúntale si Él se avergonzó viéndose despreciado y de morir de la manera más humillante sobre aquél infame patíbulo. ¡Oh, cuán ingratos somos hacia Dios, que siempre encuentra su gloria en proclamar, de generación en generación, que nos ha elegidos para ser sus hijos! ¡Oh Dios mío! ¡Cuán ciego y digno de desprecio es el hombre que teme un miserable “¿qué dirán de mí?” y no teme de ofender un Dios tan bueno!”.

Letanías de la Humildad

(Del siervo de Dios, cardenal R. Merry del Val)

Señor ten piedad – *Señor ten piedad*

Cristo ten piedad – *Cristo ten piedad*

Señor ten piedad – *Señor ten piedad*

Jesús, manso y humilde de corazón – *Óyeme*

Jesús, manso y humilde de corazón – *Escúchame*

Después de cada invocación, decir: Líbrame Jesús

Del deseo de ser estimado,
Del deseo de ser amado,
Del deseo de ser ensalzado,
Del deseo de ser honrado,
Del deseo de ser alabado,
Del deseo de ser preferido a los demás,
Del deseo de ser consultado,
Del deseo de ser aprobado,
Del temor de ser humillado,
Del temor de ser despreciado,
Del temor de ser reprendido,
Del temor de ser calumniado,
Del temor de ser olvidado,
Del temor de ser puesto en ridículo,
Del temor de ser injuriado,
Del temor de ser juzgado,



Después de cada invocación, decir: Concédeme oh Jesús

El conocimiento y el amor de mi nada,
La perpetua memoria de mis pecados,
La persuasión de mi mezquindad,
El aborrecimiento de toda vanidad,
La pura intención de servir a Dios,
La perfecta sumisión a la voluntad de Dios,
El verdadero espíritu de compunción,
La obediencia sin reserva a los superiores,
El odio santo de toda envidia y celos,

La prontitud en el perdonar las ofensas,
La prudencia de callar en los asuntos ajenos,
La paz y la caridad hacia todos,
El ardiente deseo del desprecio y de las humillaciones y de ser tratado como tú y la gracia de saber recibir todo esto santamente,

Después de cada invocación, decir: Jesús, concédeme la gracia de desearlo

Que los demás sean más amados que yo,
Que los demás sean más estimados que yo,
Que en la opinión del mundo, otros sean engrandecidos y yo humillado,
Que los demás sean preferidos y yo abandonado,
Que los demás sean alabados y yo menospreciado,
Que los demás sean elegidos en vez de mí en todo,
Que los demás sean más santos que yo, siendo que yo me santifique debidamente,

Oh María, Reina, Madre, Maestra de los humildes, *Ruega por mí*
Oh todos los justos, santificados especialmente por el espíritu de humildad, *Rogad por nosotros*

OREMOS.

Oh Dios, que resistes a los soberbios y das tu gracia a los humildes, concédenos la virtud de la verdadera humildad, de la cual tu Unigénito mostró a los fieles el ejemplo de su persona; para que no provoquemos nunca tu indignación exaltándonos en el orgullo, sino más bien, podamos someternos humildemente para recibir los dones de tu gracia.
Amén.

